

casada con un hombre que se había enlazado con ella como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento. Naturalmente, comenzó á hostigarse de mí más y más y á manifestarme su aborrecimiento. Yo, por consiguiente, la aborrecía más á cada instante, y como era pícaro, no se me daba nada de tenerla en cueros y muerta de hambre.

En estas apuradas circunstancias, mi suegra con los chismes de mi mujer me mortificaba demasiado. Todos los días eran pleitos y reconvenciones infinitas, sin faltar aquello de — ¡Ojalá y yo hubiera sabido quién era usted! Seguro está que no se hubiera casado con mi hija, pues á ella no le faltaban mejores novios.

Todo esto era echar leña al fuego, pues lejos de amar á mi mujer, la aborrecía más con tan cáusticas reconvenciones.

Mi mal natural, más que el carácter y figura de mi mujer, me la hicieron aborrecible, junto con las imprudencias de la suegra; pero la verdad, mi esposa no estaba despreciable; prueba de ello fué que concebí unos celos endiablados de un vecino que vivía frente de nosotros.

Dí en que pretendía á mi mujer y que ésta le correspondía, y sin tener más datos positivos, le dí una vida infernal, como muchos maridos que teniendo mujeres buenas las hacen malas con sus celos majaderos.

La infeliz muchacha, que aunque deseaba lujo y desahogo, era demasiado fiel, luego que se vió tratar tan mal por causa de aquel hombre de quien yo la celaba, propuso vengarse por los mismos filos por donde yo la hería, y así fingió corresponder á sus solicitudes por darme qué sentir y que yo la creyera infiel. Fué una necesidad; pero lo hizo provocada por mis imprudentes celos. ¡Oh, cómo aconsejara yo á todos los consortes que no se dejaran dominar de esta maldita pasión, pues muchas veces es causa de que se hagan cuerpos las sombras y realidades las sospechas!

Si cuando no había nada, la celaba y la molía sin cesar, ¿qué no haría cuando ella misma estaba empeñada en darme que sentir? Fácil es concebirlo, aunque yo no sé cómo combinar el aborrecimiento que le tenía con los celos que me abrasaban; pues si es cierto el común proloquio de que *donde no hay amor no hay celos*, seguramente yo no debería haber sido celoso, si no es que se discurra que no siendo los celos otra cosa que una furiosa envidia agitada por la vanidad de nuestro amor propio, nos exalta hasta la más rabiosa cólera cuando sabemos ó presumimos que algún rival nuestro quiere posesionarse del objeto que nos pertenece por algún título, y en este caso claro es que no celamos porque amamos, sino porque concebimos que nos agravian, y aquí bien se puede verificar celo sin amor, y

concluir que en lo general es falsísimo el refrán vulgar citado.

Lo primero que hice fué mudar á mi pobre esposa á una accesoria muy húmeda y despreciable por los arrabales del barrio de Santa Ana. A seguida de esto, no teniendo ya que vender ni que empeñar, le dije á Roque que buscara mejor abrigo, pues yo no estaba en estado de poder darle una tortilla; lo puso en práctica al momento, y le faltó desde entonces á mi esposa el trivial alivio que tenía con él, ya haciéndole sus mandados, y ya también consolándola, y aun algunas ocasiones socorriéndola con el medio ó el real que él agenciaba. Esto me hace pensar que Roque era de los malos por necesidad, más que por la malicia de su carácter, pues las malas acciones á que se prostituía y los inicuos consejos que me daba, se pueden atribuir al conato que tenía en lisonjearme estrechado por su estado miserable; pero, por otra parte, él era muy fiel, comedido, atento, agradecido, y sobre todo poseía un corazón sensible y pronto para remitir una injuria y condolerse de una infelicidad. En la serie de mi vida he observado que hay muchos Roques en el mundo, esto es, muchos hombres naturalmente buenos, á quienes la miseria empuja, digámoslo así, hasta los umbrales del delito. Cierto es que el hombre antes debería perecer que delinquir; pero yo siempre haría lugar á la disculpa en favor del que cometió un

crimen estrechado por la suma indigencia y agravaría la pena al que lo cometiese por la pravedad de su carácter.

Finalmente, Roque se despidió de mi casa, y mi pobre mujer comenzó á experimentar los malos tratamientos de un marido pícaro que la aborrecía, aunque ella, lejos de valerse de la prudencia para docilitarme, me irritaba más y más con su genio orgulloso é iracundo. Ya se ve, como que tampoco me amaba.

Todos los días había disputas, altercaciones y riñas, de las que siempre le tocaba la peor parte, pues remataba yo á puntapiés y bofetones los enojos, y de este modo desquitaba mi coraje. Ella se quedaba llorando y maltratada y yo me salía á la calle á divertir el mal rato.

A veces no parecía yo en casa hasta pasados los ocho ó diez días del pleito, y entonces iba á reñir de nuevo por cualquiera friolera y á requerir á mi mujer sobre celos, siendo lo más vil de estas reconvenciones que eran sin haberle yo dejado un real para comer, pareciéndome en esto á muchos maridos sinvergüenzas que se acuerdan que tienen mujeres para celarlas y servirse de ellas como de criadas, pero no para cuidar de su subsistencia; sin advertir que el honor de la mujer está anexo á la cocina, y que cuando el brasero ó chimenea no humea en la casa, el hombre no debe gritar en

ella;¹ porque las miserables mujeres, aunque sean más honradas que las Lucrecias, no tienen vientres de camaleones para mantenerse con el aire.

Mi desgraciada esposa sufría, en medio del odio con que me veía, sus desnudeces y trabajos sin atreverse á vivir con su madre, que era la única que la visitaba, consolaba y socorría, al fin madre; porque los dos me temían mucho, y yo había amenazado á mi mujer de muerte siempre que desamparara la casa. Ni aun el religioso su tío quería mezclarse en nuestras cosas.

He dicho que entre mis malas cualidades tenía la buena de poseer un corazón sensible, y creo que si mi esposa, en vez de irritarme desde el principio con su orgullo y de haberme persuadido á que me era infiel, me hubiera sobrellevado con cariño y prudencia, yo no hubiera sido tan cruel con ella; pero hay mujeres que tienen gracia para echar á perder á los mejores hombres.

Las enfermedades y la mala vida cada día ponían á

¹ Esto se entiende cuando no humea por holgazanería, inutilidad ó mala versación del marido, como en el caso de Perico; pero cuando no humea por su pobreza, entonces la mujer siempre debe ser fiel, y aun ayudarle á su marido; porque Dios, cuando creó la mujer, no dijo al primer hombre: hagámosle una ama á quien sirva, ni una ociosa á quien mantenga; sino una mujer que le ayude como á su semejante, *faciamus ei adiutorium simili sibi*.

OTRA: La moral del lugar anotado y de la nota anterior no es pura. Por más pícaro y abandonado que sea uno de los consortes en el cumplimiento de sus obligaciones, no por esto se exime el otro del deber de cumplir con las suyas; y así es, que en ningún caso la mujer debe ser infiel á su marido, ni éste tampoco á su mujer. E.

mi mujer en peor estado. A esto se agregaba su preñez, con lo que se puso, no sólo flaca, descolorida y pecosa, sino molesta, iracunda é insufrible.

Más la aborrecía yo en este estado y menos asistía en la casa. Una noche que por accidente estaba en ella, comenzó á quejarse de fuertes dolores y á rogarme que por Dios fuera á llamar á su madre, porque se sentía muy mala. Este lenguaje sumiso, poco acostumbrado en ella, junto con sus dolorosos ayes, hicieron una nueva impresión en mi corazón, y mirándola con lástima desde aquel punto, sin acordarme de su genio iracundo y poco amante, corrí á traer á su madre, quien luego que vino advirtió que aquellos conatos y dolores indicaban un mal parto, y que era indispensable una partera.

Luego que me impuse de la enfermedad y de la necesidad de la facultativa, rogué á una vecina fuera á buscarla mientras iba yo á solicitar dinero.

Ella fué corriendo; la halló y la llevó á casa, y yo empeñé mi capote, que era la mejor alhaja que me había quedado y no estaba de lo peor, sobre el que me prestaron cuatro pesos á volver cinco. ¡Gracias comunes de los usureros que tienen hecho el firme propósito de que se los lleve el diablo!

Muy contento llegué á casa con mis cuatro pesos á hora en que la ignorantísima partera le había arrancado el feto con las uñas y con otro instrumento infer-

nal, ¹ rasgándole de camino las entrañas y causándole un flujo de sangre tan copioso, que no bastando á contenerlo la pericia de un buen cirujano, le quitó la vida al segundo día del sacrificio, habiéndosele ministrado los socorros espirituales.

¡Oh muerte, y qué misterios nos revela tu fatal advenimiento! Luego que yo ví á la infeliz Mariana, tendida exánime en su cama atormentadora, pues se reducía á unos pocos trapos y un petate, y escuché las tiernas lágrimas de su madre, despertó mi sensibilidad, pues á cada instante le decía: — ¡Ay, hija desdichada! ¡Ay, dulce trozo de mi corazón! ¡Quién te había de decir que habías de morir en tal miseria, por haberte casado con un hombre que no te merecía y que te trató, no como un esposo, sino como un verdugo y un tirano?— A éstas añadía otras expresiones duras y sensibles que despedaban mi corazón, de modo que no pude contener mis sentimientos. En aquel momento advertí que me había casado, no con los fines santos á que se debe contraer el matrimonio, sino como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento; conocí que mi mujer era naturalmente fiel y buena, y yo la hice enfadosa en fuerza de hostigarla con mis inicuos tratamientos; ví que era hermosa, pues aunque exangüe y sin vital

¹ Hay parteras tan ignorantes que creen facilitar los partos con las uñas, y hay otras que sustituyen á las naturales unas uñas de plata ú otro metal para el mismo efecto. ¡Cuidado con las parteras!

aliento, manifestaba su rostro difunto las gracias de una desventurada juventud, y conocí que yo había sido el autor de tal fatal tragedia.

Entonces... ¡qué tarde! me arrepentí de mis villanos proceder; reflexioné que mi esposa ni era fea ni del natural que yo la juzgaba; pues si no me amaba, tenía mil justísimas razones, porque yo mismo labré un diablo, de la materia de que podía haber formado un ángel, ¹ y atumultuadas en mi espíritu las pasiones del dolor y el arrepentimiento, desahugué todo su ímpetu abalanzándome al frío cadáver de mi difunta esposa.

¡Oh instante fúnebre y terrible á mi cansada imaginación! ¡Qué de abrazos le dí! ¡qué de besos imprimí en sus labios amoratados! ¡qué de expresiones dulcísimas la dije! ¡qué de perdones no pedí á un cuerpo que ni podía agradecer mis lisonjas ni remitir mis agravios!... Espíritu de mi infeliz consorte, no me demandes ante Dios los injustos disgustos que te causé; recibe, sí, en recompensa de ellos, los votos que tengo ofrecidos por tí al Dueño de las misericordias ante sus inmaculados altares.

Por último, después de una escena que no soy capaz de pintar con sus mismos colores, me quitaron de allí por fuerza, y al cuerpo de mi esposa se le dió sepul-

¹ No hay que hacer; los hombres mil veces tienen la culpa de que sus mujeres sean malas. Las mujeres, y más las mujeres que se casan muy niñas, regularmente están en disposición de ser lo que los maridos quieren que sean.

tura no sé cómo, aunque presumo que tuvo en ello mucha parte el empeño y diligencia del tío fraile.

Mi suegra, luego que se acabó el funeral (sepultándose con el cadáver el desgraciado fruto de su vientre), se despidió de mí para siempre, dándome las gracias por las buenas cuentas que le había dado de su hija; y yo, aquella noche, no pudiendo resistir á los sentimientos de la naturaleza, me encerré en el cuartito á llorar mi viudez y soledad.

Entregado á las más tristes imaginaciones no pude dormir ni un corto rato en toda la noche, pues apenas cerraba los ojos cuando despertaba estremeciéndome, agitado por el pavor de mi conciencia, que me representaba con la mayor viveza á mi esposa, á la que creía ver junto á mí, y que, lanzándome unas miradas terribles, me decía:—¡Cruel! ¿Para qué me sedujiste y apartaste del amable lado de mi madre? ¿Para qué juraste que me amabas y te enlazaste conmigo con el vínculo más tierno y más estrecho, y para qué te llamaste padre de ese infante abortado por tu causa, si al fin no habías de ser sino un verdugo de tu esposa y de tu hijo?

Semejantes cargos me parecía escuchar de la fría boca de mi infeliz esposa, y lleno de susto y de congoja, esperaba que el sol disipara las negras sombras de la noche para salir de aquella habitación funesta, que tanto me acordaba mis indignos proceder.

Amaneció por fin, y como en todo el cuarto no había cosa que valiera un real, me salí de él, y dí la llave á una vecina, con ánimo de apartarme de una vez de aquellos lúgubres recintos.

